

Álvarez Solís, A.O. (2021): *Filosofía de la apariencia física*, Madrid: Taugenit, 328 pp.

En *Filosofía de la apariencia física*, el filósofo mexicano Ángel Octavio Álvarez Solís realiza un tratado sobre la *cosmética*, es decir, el campo de estudio que se teje en la intersección de la estética, la ética y la política y cuyo objeto de estudio es la apariencia de sí. Desde esta disciplina filosófica, fenómenos como la vestimenta, la performatividad y la presentación del sujeto ante los demás es una dimensión que tiene una potencia política importante, sin embargo, ésta suele ser ignorada por los estudios “serios” de la filosofía debido a su aparente banalidad o superficialidad. En contra de este prejuicio que toman la cosmética solamente en su significado coloquial –como productos cosméticos o de maquillaje– la cosmética realmente refleja un modo de ordenar el mundo, un *kosmei*, que se expresa en el cuidado de la apariencia física y, por lo tanto, un modo ético de enfrentarse al mundo.

La estructura formal del libro se divide en tres partes: una arqueología del vestido, una metafísica de la apariencia y una ética de la edición. En la primera parte, Álvarez arguye la importancia del vestido para la subjetivación mientras se opone a las visiones teológicas bajo las que se ha estudiado el cuerpo y la vestimenta. Para Álvarez, no es cierto que el ser humano venga desnudo al mundo, en cambio, la desnudez asume que un primer momento de vestimenta, el que se desnuda es porque se ha quitado los ropajes. En este sentido, el “contrato vestimental” (p. 37) precede a cualquier otro tipo de contrato social. La vestimenta se presenta entonces como la condición primera de la socialización dado que, previo a la socialización, el humano elige cómo se va a presentar ante el otro, lo cual ya presupone un orden que refleja una visión del mundo materializada en las prendas que usamos. Por lo tanto, esto implica considerar al cuerpo no como una substancia a la que se le añaden ornamentos, capaz de estetizarse. Por el otro lado, bajo esta mirada lo accidental se convierte en la esencia. El ornamento es la substancia.

A grandes rasgos, la filosofía de Álvarez es una filosofía de la técnica. Dado que la indumentaria es un objeto técnico y vestirse es tener una técnica de la presentación, el cuerpo y las prendas de vestir pueden ser consideradas como prótesis cosméticas. Sin embargo, Álvarez considera que no son prótesis secundarias en el sentido prometeico que suplen una carencia originaria, sino que son la misma condición ontogenética de humanización. Sin la técnica, incluida la vestimenta, el humano no hubiera evolucionado a lo que es. La vestimenta es un medio que nos abre al mundo y que a su vez nos codifica éticamente. En este sentido, Álvarez rechaza tajantemente la idea una de una primera naturaleza, inmaculada, pura, paradisiaca, teológica, incluso cuando esta visión se seculariza en la modernidad, pero sin escapar de la misma lógica platónico-cristiana.

Para asumir el reto cosmético, resulta necesario entonces desteologizar al cuerpo, lo cual solo puede comenzar desplatonizando la filosofía. Es este punto en el que se centra en su segundo capítulo donde aborda una “metafísica de la apariencia”.

Aquí, Álvarez lanza un grito de guerra en contra de Platón, fuente de estas nociones teológicas del cuerpo y la apariencia. Como comúnmente se admite en el campo de la filosofía, incluso hasta la actualidad, el filósofo no debe ocuparse por las banalidades de la apariencia, al contrario, un filósofo que se respeta es una persona de apariencia desaliñada, con barbas largas y sin ostentaciones lujosas. En cambio, quienes sí se preocupan por las apariencias son los sofistas, esos charlatanes que solo buscaban engañar a su público mediante la retórica o la estetización de la palabra que seduce oídos impresionables –y preferiblemente ricos y poderosos–. Esta postura va de la mano con la visión de que el filósofo solo debe ocuparse de las cuestiones profundas, por la *espisteme* sobre la *doxa* o la *tèchne*. Para Álvarez, esta visión vetusta de la filosofía es una enfermedad de profunda virulencia, tal como queda explícito en la famosa cita de Whitehead que dice que toda la historia de la filosofía solo ha sido notas al pie a la obra de Platón. Frente a esto, Álvarez busca extirpar ese tumor, reivindicando lo accidental sobre lo esencial, la materia impura sobre la forma pura, la *aisthesis* sobre el *logos*, a los sofistas sobre los filósofos.

Esta visión platónica-cristiana instauró un “dispositivo teológico de la perfección” (p. 176). Tomando los conceptos de aparato [*appareil*] y dispositivo [*dispositif*] presentes en el pensamiento de algunos autores del posestructuralismo francés como Deleuze y Foucault, así como su influencia en Agamben, Álvarez propone entender el aparato como “configuración técnica que condiciona los cuerpos” y que “produce una forma de la sensibilidad capaz de determinar una época”; mientras que el dispositivo es “un vector o un esquema de dirección de la subjetividad capaz de tejer una red de sentido entre elementos lingüísticos y extralingüísticos como instituciones formas de vida o programas de conducta... Si el aparato posee historicidad, el dispositivo tiene una historia” (p. 177). Esta definición la aplica al momento de estudiar la relación entre los aparatos quirúrgicos de la era contemporánea en relación con la mutación del dispositivo de la perfección a la época de cosmética de la plasticidad. Un aparato quirúrgico, como el bisturí, herramienta de la cirugía estética, refleja un modo histórico de ver el mundo, un dispositivo que forma predisposiciones subjetivas. El aparato quirúrgico del capitalismo cosmético nos muestra una nueva condición epocal de la plasticidad que se expresa en abandono de la naturaleza como el fundamento ontológico constitutivo. En esta huida de la naturaleza como lo normativamente constituyente, el artificio se convierte en el grado cero de la cultura. Aquí lo sintético es lo natural y la naturaleza es artificialidad sintética no producida por manos humanas (pp. 203 y 204).

En contra de las críticas fáciles en contra de lo superficial, Álvarez ve en esta condición epocal de la plasticidad el potencial para definir un nuevo tipo libertad. Una libertad de formas sin acabamiento, formas informes, imperfectas, imperecederas como los materiales plásticos y que sea capaz de violentar el principio de obsolescencia. Una libertad plástica. En este sentido, una visión cosmética de la libertad significa anteponer este tipo de libertad a la libertad jurídica de los modernos. Por lo tanto, la pregunta no debe ser cómo cambiamos la subjetividad ni cómo defendemos nuestras identidades, sino asumir que el ser es plástico, es maleable, mutable, y que el mundo es dúctil, accidental y contingente. Es, como ya se ha reiterado, suponer que lo accidental es lo esencial, que la forma no es pura, sino que es el contenido desenvolviéndose. Esta impronta, bastante simondoniana asume que la materia ya presupone una maleabilidad al mismo tiempo que la forma siempre es molde material a su vez.

Bajo esta reflexión, Álvarez va a bordar en el tercer capítulo una “ética de la edición de sí”. Dado que la forma es contenido, y viceversa, en la forma de vida sucede lo mismo: la ética no es una máxima kantiana que se aplica a todos los casos, sino que tiene como fundamento contenidos aparentemente banales, como el gusto, el estilo o las maneras. El diseño del sí es la forma contemporánea del cuidado del sí, la manera en la que el sujeto adquiere un tono, un estilo. En la época contemporánea, de primacía de las imágenes, de relevancia de la mirada, la imagen y el objeto son lo mismo. En este mundo cosmetizado, las formas de subjetividad que emergen obedecen a una edición del sí, es decir, la manera en la que el sujeto elige presentarse en cada momento frente a los demás, cada edición de sí es un hacerse público.

La edición de sí no es una metáfora absoluta para pensar la subjetividad contemporánea. No es un tropo ni una exageración sociológica para rendir cuentas de las formas estéticas del capitalismo contemporáneo. Por el contrario, la edición de sí es la experiencia de producción de la vida ética en condiciones en las que los entes han devenido en imagen, en superficie, en posibilidad cosmética diseñada para aparentar. La apariencia es el arcano del mundo. La edición de sí edita la vida misma. La edición de sí captura la demanda de transparencia del mundo, la convierte en un imperativo ético. (p. 218)

Por lo tanto, la ética de la edición de sí es una ética subvertida en estética que apela a la época contemporánea marcada por el devenir publicitario del mundo, donde todo debe seducir las miradas con la intención de vender o venderse a uno mismo, en la que se pretende hacer de la vida en una obra del arte, de los paisajes *tableaux vivants*, de los sujetos artistas del performance y de los cuerpos esculturas. Por lo tanto, el diseño se convierte en principio ético, ya sea reproduciendo el dispositivo teológico de la perfección o creando nuevas maneras emancipatorias de moldearnos.

La salida a este problema implica diseñar sin asumir en el diseño una especie de creación divina, como la idea de Dios en tanto diseñador divino de la perfección. Al contrario, se trata de pensar al diseño como un proceso morfológico permanente, como la condición de contingencia que abre nuevas posibilidades del mundo. Diseñarse ingobernables y no absolutos. Lo anterior demanda también desechar la moda y suplantarla por el estilo. El estilo es donde se esconde el potencial político de la apariencia física. El estilo es la conformación de un *ethos*. El estilo es un modo de ser de carácter fundamental, una *hèxis* en términos de Aristóteles, una forma dispuesta del cuerpo. Por lo tanto, todo cuerpo estilizado refleja un régimen, una *diatía*, es producto de un proceso dietético. Por lo tanto, no hay gesto más político que el estilo. El estilo de vida, sostiene el autor, es el campo de batalla político de nuestra época por excelencia. Es en esta política menor donde se hacen las verdaderas revoluciones. Esto nos obliga a su vez escapar de la moda. La moda no es estilo, la moda es la generalización estandarizada de un estilo. Por lo tanto, es necesario escapar de la moda, de sus modelos de conducta y de construcción corporal. En todo caso, hay que indisciplinar los cuerpos para no impedir que estos se sometan a los moldes de la moda, de la delgadez, de los tonos de piel y las prendas que están de moda.

Álvarez ofrece dos casos para mostrar el potencial del estilo al margen de la hegemonía. Por un lado, el neodandismo el cual refleja es su adopción de la elegancia una ética de la aparición de sí, estilizada, pero no necesariamente sometida a la moda; por otro lado, la gordura, la cual expresa una desobediencia a la norma cosmética

de la moda, la cual siempre disfraza la belleza con salud. Estos dos casos muestran como no es verdad que el capitalismo cubra todo el horizonte. Los cuerpos gordos y las estilizaciones alternativas abren paso un capital cosmético poshegemónico. Dado que todo capital –social, político, económico, cultural– pasa por el cuerpo, el capital cosmético se convierte en el punto medular de la resistencia. Ángel Álvarez cierra este libro, un primer volumen de una planeada trilogía, con la pregunta: ¿Cómo cosmetizar el cuerpo sin capitalizarlo? La respuesta que esboza Álvarez es que es necesario distinguir al capital cosmético del capital erótico. Si el capital erótico equipara la belleza con la salud, la gordura con el descuido y la falta de templanza, y es que permite a los cuerpos esbeltos, blancos, jóvenes y, por tanto, bellos, generar los mayores rendimientos sociales y económicos a través de la apariencia, el capital cosmético muestra que no todo cuerpo es rentable, sino que existen resquicios y formas de vida, estilos y dietas, *ethos*, que el capitalismo ignora, y es ahí donde se puede gestar de una cosmética emancipadora, en la reivindicación de los cuerpos indisciplinados. Ahí es donde la cosmética cobra la potencia para “aparecer, irrumpir e intervenir” (p. 312) en el espacio político.

Victor G. García Castañeda
Universitat Autònoma de Barcelona